

**LOS RUIDOS DE LA NOCHE**  
POR ENRIQUE FERNÁNDEZ

1.

El sol iba desapareciendo en el horizonte mientras Daniel pedaleaba rumbo a casa. Había sido una tarde muy productiva; él y los muchachos habían cogido renacuajos en el estanque que se encontraba más allá de las tierras del señor Lynch y Johnny incluso estuvo a punto de atrapar una lagartija despistada que se cocía al sol de finales de agosto sobre un montón de hojarasca seca. La lagartija acabó escapando, pero perdió un trozo de cola y de su dignidad en el intento.

Más tarde estuvieron ideando las nuevas pruebas de acceso a su exclusivo club que tendría que pasar el pequeño Robert Smith el siguiente fin de semana y después de mucho pensarlo decidieron que las pruebas consistirían en escalar el árbol que estaba junto al estanque, una lucha de palos contra Johnny y lanzamiento de piedras a una serie de latas de refresco colocadas sobre un muro de piedra medio derribado que se encontraba cerca de allí.

Y cuando mejor lo estaban pasando, comenzó a anochecer a la vez que se escuchaba el terrible sonido de una tormenta lejana. A Daniel le extrañó mucho porque su madre no le había dicho nada de que fuera a llover y su madre sabía mucho de estas cosas pero como se oía lejana pensó que igual no llegaba hasta el pueblo. Sin embargo, todos se afanaron en recoger sus cosas y coger las bicis; todos conocían la historia del chico que andaba por ahí en medio de una tormenta y le cayó un rayo; y sabían que no era nada sensato permanecer por allí, así que el día acabó con una carrera hasta el pueblo que, por supuesto, ganó Johnny, como cada vez que hacían un carrera o cualquier otra competición.

2

La casa de los padres de Daniel fue agrandándose a medida que se acercaba y tuvo el tiempo justo para guardar la bici y subir las escaleras justo antes de que las primeras gotas de lluvia comenzaran a manchar el tosco asfalto de su calle. Daniel entró en la casa y se anunció con alboroto.

–¡Mamá! ¡Ya estoy en casa! –gritó como si le fuera la vida en ello mientras se quitaba las deportivas y se ponía unas cómodas zapatillas de andar por casa.

Entró en la cocina mientras su madre se giraba para recibirle con semblante ligeramente serio.

–Hola cariño, estaba preocupada, con esa tormenta a punto de llegar. ¿Dónde te has metido? Es casi la hora de cenar.

–Estaba con los chicos, hemos preparado unas pruebas buenísimas para Robert, seguro que no le será fácil superarlas para entrar en el club.

–¿Y por qué no le dejáis jugar con vosotros sin más? Es un buen chico –dijo su madre mientras devolvía su atención a la cazuela donde unos espaguetis estaban a punto de alcanzar su punto perfecto de cocción.

–Tú no sabes nada de esto, mamá. Todos hemos pasado las pruebas; el nuestro es un club muy exclusivo.

–Claro –dijo su madre con media sonrisa mientras sacaba una lata de tomate natural de la despensa–. Había olvidado la gran importancia de vuestras reuniones. Anda, sube a lavarte las manos y pon la mesa, que la cena casi está.

Daniel subió corriendo las escaleras hasta el baño del primer piso y se aseó un poco. Se lavó las manos y la cara con rapidez y retiró algunas briznas de hierba que habían quedado enredadas en su fino

cabello castaño. Aprovechó para revisar su bigote en busca de algún pelo que le hubiera podido salir en las últimas horas pero seguía sin tener ninguno; Joss ya comenzaba a tener alguno y a Johnny le habían salido incluso algunos minúsculos granitos en la barbilla. A sus doce años Daniel estaba deseando que dejaran de tratarle como a un crío y estaba seguro de que un buen bigote como los de las historias que leía de espadachines o de bárbaros invasores haría que los adultos le tomaran más en serio. Su metro cuarenta y tres unido a la inocencia que desprendían sus ojitos marrones hacían que estuviera todavía muy lejos de conseguir su objetivo.

Lo peor de la tormenta llegó al poco de sentarse y lo que empezaron siendo unas leves gotitas golpeando suavemente las ventanas, acabó convertido en un torrente imparable con toda la parafernalia de rayos y truenos que acompaña a las tormentas. Mientras Daniel agradecía haber llegado a tiempo a casa, su madre le contó que su padre había llamado. La gira que lo tenía viajando por todo el país estaba a punto de acabar y pronto volvería a casa para un breve descanso. Daniel estaba encantado de que su padre fuera uno de los magos más importantes de Gran Bretaña, un mentalista de primera talla mundial, el gran Drake Wood, pero lo echaba mucho de menos y esperaba casi con ansiedad el regreso a casa del cabeza de familia. Por suerte, en pocos días se produciría ese momento y su padre le contaría todas las anécdotas de sus viajes, le colmaría de regalos y jugaría con él hasta el final de las vacaciones de verano.

Más tarde Daniel subió a su habitación y decidió leer un poco antes de apagar las luces; su madre le animaba a leer todo lo que

cayera en sus manos, “todo está en los libros” solía decir y el niño estaba ahora inmerso en un libro sobre magos importantes que le había regalado su padre. Estaba leyendo el capítulo dedicado a Merlín, el mago más conocido de todos los tiempos, que sirvió al mítico rey Arturo. A Daniel le gustaba mucho la historia de Merlín pero no terminaba de convencerle que alguien tan poderoso rindiera cuentas a otro, aunque fuera un rey. Y justo cuando estaba terminando el capítulo, entró su madre en la habitación para desearle buenas noches.

–Vamos cariño, a dormir, y no hagas trampas; nada de usar la linterna en cuanto me haya ido.

–Si ya he terminado la historia... oye mamá...

–¿Sí, cielo? –preguntó su madre mientras se sentaba en la cama junto a él.

–He estado leyendo sobre magos famosos y me preguntaba...

–Dime –contesto su madre mientras le arropaba.

–¿Por qué no usan sus poderes para ser los reyes del mundo? Muchos magos han servido a otros pero podrían haber sido los jefes. No lo entiendo.

–Bueno, tener un gran poder no significa ser ambicioso y querer sacar ventaja de ello. El mundo está lleno de personas con gran poder que son conscientes de la gran responsabilidad que tienen entre manos y lo usan para ayudar a los demás y no para beneficiarse ellos. Mira a tu padre, por ejemplo; es un gran mago y utiliza su poder para entretener a los demás; incluso utiliza algunas de sus técnicas para ayudar a personas que tienen diversos problemas. Al final lo importante es estar bien con uno mismo y

con los que te rodean y aunque ahora no lo entiendas seguro que muy pronto lo harás.

Dicho esto, se levantó y besó a Daniel en la mejilla.

–Buenas noches mi amor, que tengas dulces sueños.

–Buenas noches mamá.

La habitación se quedó a oscuras cuando la madre de Daniel salió de la habitación y de pronto el niño se acordó de la tormenta y se dio cuenta de que había terminado. Había sido una de esas tormentas terribles, con rayos, truenos y centellas, como si las fuerzas más poderosas del mundo estuvieran combatiendo en una guerra sin cuartel. El viento golpeaba con fuerza las ventanas y la lluvia caía con violencia, de forma torrencial. Y de repente, todo acabó, el murmullo de la lluvia desapareció y la noche se quedó en calma.

Daniel se percató en ese momento del terrible silencio que le envolvía. Se concentró y todo lo que pudo oír fue el goteo del agua que caía de un canalón al techo de uralita del cobertizo donde su padre guardaba las herramientas. Se concentró un poco más y en ese momento su mente se abrió dando paso a una melodía de ruiditos que hasta entonces le habían pasado desapercibidos. Su padre siempre había dicho que las casas hablan por las noches y él nunca había hecho mucho caso de ello pero en este momento podía escuchar a su casa. Le gustó imaginar que esos ligeros ruidos que provenían de los muebles, el suelo y las paredes lo hacían en realidad de otro mundo, muy cercano al nuestro, y que en las noches después de una gran tormenta estos mundos estaban más cerca que nunca y por ese motivo se oían los ruidos del lado contrario. Le gustó imaginar que era un mundo mágico en el que se

podrían encontrar los seres más maravillosos, capaces de las más increíbles hazañas y que en él se podrían vivir las aventuras más variadas. Le gustó imaginar que en ese mundo él podría llegar a ser un héroe de leyenda, del que se escribirían las más bellas canciones. Finalmente, con una gran sonrisa en la cara, Daniel Wood cayó en un profundo sueño.

2.

La oscuridad total dio paso a una incipiente penumbra, como si estuviera saliendo de una fase de sueño profundo hacia otra más ligera. Se notaba flotar, se sentía bien, los ligeros ruiditos de su cuarto seguían ahí, muy cerca, cada vez más cerca, solo que ahora parecían algo distintos. Alzó la vista y pudo ver un campo enorme. Parecía estar lleno de gente envuelta en un mar de explosiones, rayos y fuego por todas partes, pero no sabía con certeza si sus ojos le traicionaban.

Decidió acercarse hasta allí para verlo todo con más nitidez, pero por mucho que caminara no conseguía acercarse lo suficiente para distinguir lo que pasaba. Hizo lo posible por enfocar la visión pero lo más que veía eran caras anónimas. Parecía una gran batalla con dos bandos muy definidos: en un lado, había muchos hombres, con grandes poderes, que parecían en gran ventaja por su número. Las filas del otro bando estaban diezmadas pero resistían con valor; lo formaban hombres menos poderosos y observó que estaban dirigidos por campeones formidables que suplían las carencias de los suyos con una energía casi ilimitada. En ambas filas había quienes combatían lanzando terribles rayos y haces de energía, pero la gran mayoría debía conformarse con palos, espadas o arcos ligeros.

Escuchó un gran estruendo y una parte del campo de batalla se hundió, la tierra se tragó a muchos guerreros y una gran luz salió desde allí hacia el cielo para después caer nuevamente sobre el campo de batalla.



Permaneció observando durante una eternidad. De vez en cuando había un ataque de enorme intensidad en algún lugar y una luz saltaba al firmamento para volver a caer. Poniendo toda su atención se dio cuenta de que cada vez que una luz subía para después bajar, uno de los grandes guerreros del segundo bando caía vencido por sus adversarios, y también descubrió que todas esas luces acababan cayendo al mismo lugar. Sin excepción. Se preguntaba el por qué de ese extraño fenómeno cuando un profundo sopor se apoderó de sus sentidos y la escena se fue evaporando a medida que la oscuridad lo atrapaba de nuevo.

3.

La luz del sol inundó la habitación de Daniel cuando su madre recorrió las cortinas al tiempo que le llamaba con dulzura.

–Vamos dormilón, arriba. Tienes un maravilloso día por delante.

–Solo un ratito más, mamá –la voz de Daniel era lo más lastimero que su madre había escuchado desde el día anterior a la misma hora.

–No señor, hay que levantarse. Primero un buen desayuno y después tendrás que hacer algunas tareas antes de irte a jugar.

La madre de Daniel salió de la habitación y el niño se quedó bostezando, tratando de recordar lo que había soñado esa noche. Lo cierto es que últimamente se levantaba muy cansado como si hubiera estado moviéndose en lugar de descansando y siempre amanecía con ideas difusas en su cabeza. Como si librara una batalla cada noche y después, por el día, su mente tratara de encerrar sus sueños en el lugar más inaccesible de su cabeza.

Finalmente, decidió olvidarse de ello y se levantó. Bajó a la cocina y dio buena cuenta del magnífico desayuno que su madre le había preparado; había un gran vaso de leche con cacao, zumo de naranja y dos grandes tostadas con mantequilla y mermelada de fresa, que era su favorita.

Después de un rato remoloneando en la mesa no le quedó más remedio que levantarse para hacer algunos deberes ya que pese a estar de vacaciones, sus maestros le mandaban algunas tareas para no olvidar lo que había aprendido el año anterior. Así, las matemáticas y la gramática inglesa, fueron sus compañeras durante

las dos siguientes horas, pero como no todo es malo en esta vida, aún pudo jugar un buen rato a los videojuegos antes de la hora de comer.

Tras la comida, llegó la tarde, que transcurrió como solían hacerlo sus tardes de verano: jugando con los chicos hasta que todos estaban cansados, sucios y hambrientos. Esa tarde Daniel se fue un poco antes a casa y tuvo la recompensa de poder hablar con su padre, que estaba en un sitio llamado Glasgow. Allí le habían contratado para hacer varios espectáculos y tan solo faltaban otras dos ciudades en las que actuar antes de volver a casa. Su padre le prometió que pronto se verían y le llevaría un montón de regalos.

Durante la cena Daniel estaba deseando terminar para subir a leer otro capítulo de su libro dedicado a magos importantes, aunque antes estuvo pensando que ese libro no debía estar muy actualizado ya que su padre no aparecía. En cualquier caso le parecía muy interesante y pronto se encontró en su cama abriendo el libro en el capítulo dedicado al mago Dolinor, un hechicero español que vivió en el siglo XV y que fue perseguido por la Santa Inquisición. Dolinor sostenía que había un mundo paralelo al nuestro, un mundo mágico habitado por seres sobrenaturales, y que era posible traspasar la barrera que separaba ambos mundos por aquellos que tuvieran la suficiente fuerza mental y el deseo de hacerlo. Los inquisidores condenaron al mago por hereje y lo apresaron con la intención de mandarlo a la hoguera. Sin embargo su estancia en prisión no duró mucho pues Dolinor desapareció de su celda la primera noche, sin forzar puertas ni ventanas. Esto sirvió de prueba definitiva sobre su culpabilidad y aunque los inquisidores buscaron al mago durante años nunca llegaron a dar con él y existe la

creencia de que la noche de su desaparición el hechicero realizó el ritual que le llevó al otro mundo del que tanto hablaba y del que nunca volvió.

Por supuesto, el mago tenía seguidores y varios de ellos trataron de pasar al otro mundo pero no se sabe de nadie que lo consiguiera. Algunos fueron también condenados por herejes y hasta el final sostuvieron que ese mundo era real y que todas las noches se podían oír los ruidos que de él provenían. Aún hoy en día mucha gente cree que los sonidos nocturnos pertenecen al mundo en el que tanto creía Dolinor y que las personas indicadas podrían traspasar sus fronteras.

Daniel cerró el libro. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza y le costaba ponerlos en orden. Tenía la piel de gallina y un nudo en el estómago y, repentinamente, se dio cuenta de que se estaba mordiendo las uñas. Trató de parecer tranquilo y adormilado cuando su madre subió a desearle buenas noches pero en realidad estaba deseando que se marchara para poder concentrarse en la oscuridad y escuchar los ruidos que con toda seguridad debían venir del mundo mágico anunciado por Dolinor. Y los ruidos llegaron, ligeros chirridos que provenían de la más profunda oscuridad, golpes secos que parecían sonar en el exterior, insectos y pequeños animales nocturnos que comenzaban su actividad, todos los sonidos de la noche llegaban a su cabeza hasta que casi no pudo resistirlo y tuvo que encender la luz, presa de un ataque de ansiedad, como si acabara de tener una horrible pesadilla.

Cuando se tranquilizó, pudo al fin apagar la luz y recostarse en la comodidad de su cama, pero esta vez trató de no obsesionarse y

relajarse porque si no, tenía serias dudas de que pudiera dormir. Al cabo de un rato, entró en un ligero letargo y repentinamente se encontró sobrevolando kilómetros de bosques que llenaban valles enteros rodeados de montañas con las cumbres dominadas por nieves perpetuas. Oyó el sonido de un águila a su derecha y pronto vio al animal volando junto a él con majestuosidad. Cuando el águila se cansó, desapareció en un visto y no visto, dejándole solo en las alturas. La magnífica perspectiva le permitió ver ríos y cascadas, grupos de sarríos y familias de jabalíes y cuando la zona boscosa terminó, una gran llanura se abrió a su vista con caminos, riachuelos y diversas aldeas repartidas por todo el territorio. Finalmente, los campos que salpicaban el paisaje dieron paso a una gran ciudad que iba creciendo a medida que Daniel se acercaba. La ciudad era oscura pero al mismo tiempo tenía un halo especial que le confería cierto aspecto mágico. Las casas apretadas unas contra otras daban forma a un laberinto de callejuelas que se extendía hasta una gran muralla que las separaba de unos extensos jardines dominados por un gran palacio de aspecto oriental en el centro. Si Daniel hubiera conocido algo de la cultura japonesa, habría pensado que se encontraba ante el palacio del mismo emperador, foso incluido.

Durante su vuelo Daniel pudo comprobar el gran trasiego que gobernaba a las gentes del lugar. Trató de llamar la atención de algunos de ellos, gritando con todas sus fuerzas, pero nadie parecía percatarse de su presencia. Enseguida se dio cuenta de que aquella no era una ciudad como las que él conocía. Los repartidores no cargaban con los bultos ni usaban carretillas sino que utilizaban un extraño artefacto de madera que hacía levitar la carga hasta los

comercios donde las puertas se abrían solas, mientras con una especie de mando a distancia en la otra mano hacían desaparecer el vehículo de carga para que no molestara a los demás vehículos. Unos obreros que trabajaban pintando un edificio tampoco parecían sudar mucho pues las brochas se movían solas y ellos ni siquiera movían las manos sino que bastaba con algunas frases sueltas para gobernarlas. Un poco más allá, los servicios de emergencia atendían a una señora caída utilizando unas pociones que traían ya cocinadas y la mujer se recuperó rápidamente mientras dos policías dirigían el tráfico de una forma muy particular pues para evitar que esta situación provocara un gran atasco habían hecho aparecer dos puertas mágicas en ambos extremos del siniestro y los vehículos entraban por una de ellas y salían por la otra con toda tranquilidad. Y él estaba muy cerca, pero nadie le veía.

Al poco rato, se percató de que no estaba solo en el cielo. Muy cerca de él pasó levitando una especie de bicicleta, pero esta no tenía ruedas móviles como estamos acostumbrados sino que eran fijas y estaban sujetas a una especie de peana plana, confiriéndole al artilugio un aspecto de lo más ridículo. Cuando Daniel salió de su asombro cayó en uno aún mayor pues al volver la vista casi se da de bruces con una familia entera que viajaba en una gran alfombra. El padre se encontraba en la parte de delante dando órdenes a la alfombra, que se movía con toda suavidad, mientras la madre se ocupaba de que no hubiera ningún problema con los dos niños que viajaban detrás. Nadie estaba atado a la alfombra de lo que dedujo que algún hechizo impedía que ninguno de ellos se cayera. A Daniel le pareció un sistema estupendo para viajar

porque después de usarla bastaba con enrollarla para que no ocupara apenas espacio. Además una familia numerosa no necesitaría más que comprar una alfombra un poco más grande para transportar a todos sus miembros. Pudo ver a lo lejos otros vehículos aéreos de muy variados tamaños y formas y, entre la maraña de tráfico, distinguió algo que le llamó mucho la atención, un tipo de ave que no había visto nunca y que podía cambiar su color para hacer avanzar o detenerse a los vehículos voladores cuando era necesario. Las aves se movían a toda velocidad de aquí para allá, más rápido que el pensamiento, tan rápido, que más que moverse parecía que se teletransportaban, y siempre estaban en el lugar y momento exactos para evitar problemas entre los vehículos que poblaban el cielo de la ciudad. Esta variada fauna poblaba las alturas donde, asombrosamente, nadie reparó en él.

Todas estas situaciones convencieron a Daniel de que pese a que la ciudad parecía perfectamente normal en la lejanía, sin duda debía tratarse de una ciudad de magos donde los hechos más insólitos podían tener lugar. Y envuelto en tales pensamientos continuó con su vuelo despreocupado hasta que se encontró sobre el palacio. Desde su situación privilegiada pudo dar un concienzudo repaso al edificio que estaba rodeado de grandes torres defensivas y contaba con numerosos ventanales en cada una de sus plantas. El color entre blanco y gris de sus piedras contrastaba con el colorido de los jardines que tenía alrededor y otros edificios igual de grises se repartían aquí y allá. Había cuadras, perreras, patios, casas más pequeñas y diversos cobertizos, y gran cantidad de personas pululaban de un lado a otro con sus quehaceres. Y nadie le veía.

Ya estaba a punto de marcharse, dando un último vistazo a los techos (tan peculiares le parecían) cuando de repente se fijó en una ventana de la planta superior del palacio y entonces lo vio. Una pequeña figura, un niño que le estaba mirando directamente. Daniel sintió cierta intranquilidad ante el extraño pero no pudo evitar acercarse. Poco a poco. Los segundos parecieron minutos mientras se aproximaba a la ventana desde la que era evidente que ese niño le miraba a él. Se fue acercando más y más, hasta que estuvo lo bastante cerca como para ver con claridad sus facciones y en ese momento le embargó un gran desasosiego. Se estaba viendo a sí mismo o al menos, a alguien muy parecido y tras unos segundos, el niño abrió la boca y susurró una palabra con debilidad: *“ayúdame”*. Y de repente, sintió un extraño mareo y empezó a caer. El mundo comenzó a girar a su alrededor y Daniel trató de gritar pero no podía hacerlo, su garganta estaba completamente cerrada y le costaba incluso respirar. El suelo iba creciendo más y más, su angustia acabó convertida en terror cuando vio que casi podía tocar con las manos el césped sobre el que iba a caer con toda seguridad. Y en ese momento, justo en el mismo momento en que el brutal choque contra el suelo era inminente, Daniel Wood se despertó.



4.

Daniel estuvo taciturno todo el día. También cansado, apático e inapetente. No podía quitarse el sueño de la cabeza por una razón muy simple: normalmente no recordaba sus sueños pero en esta ocasión se acordaba hasta del más mínimo detalle, como si estuviera grabado a fuego en su mente.

Al final, el día fue una completa pérdida de tiempo. No se pudo concentrar en sus tareas y para colmo de males estuvo lloviendo desde la mañana hasta el anochecer así que tampoco vio a sus amigos. Esa noche no tuvo ningún sueño, o al menos no recordó haberlo tenido, pero sí los tuvo las dos noches siguientes. La primera noche volvió a ver a ese niño tan parecido a él. Se le veía enfermo, angustiado, ojeroso y débil. Estaba tumbado en una cama enorme y cuando Daniel se acercó hasta él, no sin cierto temor, este le agarró de la ropa y volvió a hablarle suplicante: “*ayúdame*”. Y eso fue todo.

Daniel comenzaba a plantearse si realmente existía ese mundo paralelo y si tendría allí otro yo que necesitara su ayuda, y el sueño que tuvo la noche siguiente terminó de convencerlo de que quizás esa posibilidad fuera cierta. En el sueño, el niño volvió a presentarse ante él y volvió a hablarle. Le dijo que era real y que necesitaba su ayuda. También le dijo que si no le daba esa ayuda moriría, y pese a que solo eran unas cuantas frases en medio de un sueño, Daniel podía sentir que todo aquello era muy real. Podía sentir, ver y oír al niño pidiéndole ayuda, y él no sabía como podía dársela, pero en el fondo de su corazón sentía que debía tratar de averiguarlo.

Ese día decidió hablar a sus amigos de sus sueños. Les explicó que se veía a sí mismo o a alguien muy parecido pidiendo ayuda y que todo era muy real, como si realmente pudiera tocar a esa persona, allá donde estuviera, y ayudarle en lo que necesitara, pero solo consiguió que se lo tomarán a broma y que Johnny lo zanjara proponiendo un partido de fútbol, cosa que fue muy celebrada por el resto del grupo.

Y así pasó el resto de la tarde. Daniel volvió a encerrarse en sí mismo y decidió que no era muy prudente volver a hablar de ello con nadie, así que se limitó a seguir con su rutina deseando que llegara la noche y con ella un nuevo sueño que pudiera aclarar el lío que tenía en la cabeza. Pero ese sueño no llegó esa noche, ni la siguiente. Tres días pasaron sin noticias del “otro mundo” y ya pensaba que los sueños no se repetirían cuando ocurrió algo increíble: Daniel estaba ya en la cama después de cepillarse los dientes y escoger un nuevo libro, ya que había terminado el anterior. En esta ocasión escogió *La Comunidad del Anillo*, el primer libro de una trilogía que le había comprado su madre. Al parecer, salía un mago increíble y ese era un gran aliciente para él, así que se dispuso a leer unas páginas antes de dormir, y solo llevaba unos segundos cuando notó un peso sobre la cama. Levantó la vista sobre el libro e inmediatamente, lo dejó a su lado, lentamente, conteniendo el aliento.

—Hola, Daniel —dijo la persona que se encontraba sentada frente a él, con la angustia y la enfermedad reflejándose en su cara infantil.

–Hola –respondió Daniel, desconcertado, tan sorprendido que sus músculos no terminaban de reaccionar al miedo que le provocaba algo tan raro como lo que estaba ocurriendo.

–Es muy importante que me escuches con atención. No tengo mucho tiempo –dijo el extraño–. Mis fuerzas son muy escasas...

–Eres real –contestó Daniel–. ¡Eres como yo!

–Sí, soy como tú. Nos parecemos mucho, es verdad. Y soy muy real, pero no ahora mismo, ya que estoy dentro de tus sueños.

–¿Estoy soñando? –preguntó Daniel–. Esto parece real.

–Sí, estás soñando y ahora necesito que te tranquilices y me escuches –miró a Daniel con seriedad y este asintió– . Por dónde empiezo... oh, sí. La guerra.

–¿Guerra?

–Sí, la guerra ha durado demasiado tiempo. Demasiadas muertes. Mi padre y muchos otros hombres valientes han perdido la vida en la lucha... yo mismo he estado a punto de morir, pero entre todos conseguimos detener a los Grits, los bárbaros que querían destruir nuestro mundo. Si supieran lo débil que estoy, tengo la convicción de que las hostilidades se reanudarían, pero por suerte creen que tengo mis poderes intactos.

–¿Tus poderes? –preguntó Daniel.

–Soy el mago más poderoso de mi mundo aunque desde hace poco tiempo, ya que nuestras bajas en combate son las que me han dado este honor. Mientras los Grits creen que estoy bien no habrá problemas. Me temen demasiado. Pero lo cierto es que necesito recuperarme de mis heridas, tanto físicas como espirituales. Y para eso necesito tu ayuda.

–Te ví. En mis sueños –dijo Daniel.

–Y yo a ti. Y pensé mucho en ello, después te busqué y cuando te encontré supe que solo tú podías ayudarme a salvar mi mundo.

Daniel inspiró con fuerza y habló con determinación.

–¿Qué necesitas? –preguntó.

–Unas semanas de reposo en tu mundo. Un intercambio. Tú ocuparías mi lugar y yo el tuyo. Nadie de nuestro alrededor se dará cuenta del cambio y así yo podré recuperarme completamente para mi coronación.

–¿Eres un rey?

–Voy a serlo. Pero tengo que despejar las dudas sobre mi fuerza porque en caso contrario estaremos perdidos; y solo lo lograré con tu ayuda. Por supuesto, estarás protegido por lo hechizos más poderosos que se pueden invocar y mi hombre de confianza estará pendiente de ti continuamente. En cuanto a tu familia, no te preocupes, estoy seguro de que podré desempeñar el papel estupendamente y no se enterarán.

–Es una decisión difícil –dijo Daniel, pensativo–. ¿Y si me descubren en tu mundo? ¿Y si te descubren a ti? Podrías empeorar y que mis padres se percaten de que no eres yo. ¿Y si no podemos volver a intercambiarnos?

–Por favor, mi mundo te necesita. Estamos en tus manos –susurró el desconocido.

Daniel se quedó pensativo, su cabeza le decía que se metía en un lío tremendo pero su corazón... sentía que debía ayudar al desconocido y a su pueblo, sentía que eso era lo correcto. Reflexionó unos segundos antes de volver a hablar.

–Está bien. De acuerdo. ¿Cómo lo hacemos?

–Muchas gracias Daniel, le acabas de dar la vida a mi mundo –el desconocido le sonrió y le cogió la mano–. Tan solo has de cerrar los ojos y relajarte, escucha los ruidos de la noche que son en realidad ecos de mi mundo, piensa después en la ciudad que viste en tu sueño y desea estar allí. Yo haré el resto.

–Aún no sé cómo te llamas –dijo Daniel.

–Gideon, mi nombre es Gideon Ashcroft, y te estaré eternamente agradecido.

Daniel hizo lo que le había dicho Gideon. Cerró los ojos, respiró profundo y se relajó, volvió a ver el paisaje de su sueño, la ciudad y el palacio. Le encantó ver de nuevo la actividad que reinaba en la ciudad y los preciosos jardines que rodeaban el palacio de Gideon. También se percató a lo lejos de la existencia de varios rascacielos, edificios de más de cincuenta plantas que se alzaban bastante cerca los unos de los otros, y muy cercana a esa zona, otra que parecía poco menos que medieval, con casitas bajas de estilo árabe. Si algo se podía destacar de la ciudad que sobrevolaba era una variedad de estilos que rozaba lo ridículo. A medida que se acercaba al palacio absorbió en el paisaje y, muy poco a poco, como la vela que está a punto de consumirse, la oscuridad venció a la luz y estas imágenes se fueron apagando.

5.

Hacía ya un rato que Daniel escuchaba el canto de los pájaros, pero su cuerpo le pedía que siguiera en la cama un poco más. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan molido después de una noche de sueño. Le dolían todos los huesos. Y todas las articulaciones. Y los músculos. Al menos, el pitido que había tenido en el cerebro toda la noche, impidiéndole descansar como habría querido, había cesado hacía un rato.

Trató de abrir los ojos y tuvo que volver a cerrarlos rápidamente por el horrible escozor que sintió. La habitación estaba a oscuras pero al abrirlos se había sentido como si tuviera un sol delante mismo de la cara. Volvió a intentarlo y esta vez le escoció un poco menos. Se levantó, a duras penas, y se dirigió hacia la puerta de su habitación. Pero la puerta no estaba allí. Extrañado, se volvió y distinguió dónde estaba la ventana por las pequeñísimas rendijas que dejaban pasar algo de luz. La abrió y una enorme ciudad, la misma con la que había soñado la noche anterior, apareció frente a él. La luz del sol le dañó un poco los ojos pero ya casi no le picaban y volviéndose, descubrió que no estaba en su habitación.

Definitivamente, su conversación con Gideon no había sido un sueño y el intercambio se había llevado a cabo. Se pellizó mientras repasaba el aspecto de la estancia. Una cama grande plagada de mantas bajo las cuales se escondían finas sábanas de seda, un armario pequeño, más o menos de su tamaño, una mesilla de noche con un cajón y una vela, una mesa con una silla, ambas de madera, ese era todo el mobiliario. Se acercó a una de las dos puertas que había en la habitación y la abrió. Era un cuarto de baño

completo y parecía equipado con todo lo necesario para una persona. Se dirigió hacia la otra puerta y esta vez encontró la salida. Asomó la cabeza a la derecha. Nadie. A la izquierda. Nadie. Salió con precaución y caminó muy pegado a la pared de piedra que imperaba en todo el edificio. En ese momento, una figura surgió atravesando la pared.

–Buenos días, señor Wood.

–Bu-bu-buenos días –dijo Daniel con torpeza. El hombre que tenía delante inspiraba respeto y temor. Era alto, rozando los dos metros y muy fornido de modo que para un niño de doce años que además no era muy alto, era como estar en presencia de un gigante. La cabeza carente de cabello y con la coronilla adornada por un extraño símbolo tatuado, que se asemejaba a una estrella cuyas puntas formaban extrañas terminaciones, le confería un aspecto de lo más peligroso.

–Es un placer conocerle. A partir de ahora y por precaución, responderá en todo momento al nombre de Gideon Ashcroft. Mi recomendación es que abra poco la boca y me deje hacer a mí. No debe comentar el paradero de quien usted sabe a nadie ya que yo soy la única persona que conoce su situación. Cualquier cosa que necesite debe pedírmela a mí. Solo ha de pensar en mí y decir “*volo Joseph*” y apareceré. Joseph es mi nombre, por cierto. ¿Alguna pregunta?

Daniel se quedó absolutamente mudo. Se encontraba superado por la situación y lo único que quería era irse a su casa así que Joseph continuó su monólogo.

–Bien. Ahora vaya a su habitación y aséese. Tiene ropa limpia en el armario. Después baje a mi despacho que está en la planta inferior y seguiremos hablando.

Joseph acompañó a Daniel hasta su habitación y cerró la puerta tras él. El niño, aún temeroso, se quedó de pie apoyado sobre la pared. Después de respirar profundo varias veces consiguió quitarse el miedo del cuerpo y decidió darse un baño.

Un poco más tarde, ya bañado, Daniel había perdido toda sensación de sorpresa. Sabía que se llevaría sobresaltos como el albornoz que voló directamente hacia él cuando salió de la bañera, pero también sabía que muchas otras cosas increíbles le esperaban y tenía que estar preparado para que nadie notara que era un impostor.

Ya seco, abrió la puerta del armario y ante él apareció un armario vestidor tan grande que una familia entera podría haber vivido allí. La pared de la izquierda contenía una ingente cantidad de prendas básicas: pantalones, camisas, camisetas, chaquetas, abrigos, túnicas, todo ello ordenado por tipo de prenda y por color, y aparentemente de su talla. La pared de la derecha tenía ropa interior y complementos, muchos complementos, tales como zapatos y zapatillas, gorros, bufandas, guantes, cinturones, corbatas y muchas más prendas que ni siquiera había visto antes. Frente a él, ocupando todo el frontal había un gran espejo y en su parte superior se leía:

*08:23 horas, 12 grados en el exterior, despejado.*



*Previsión: Máxima de 14 grados, mínima de 10 grados, despejado, viento fuerte.*

*¿Desea recomendación?*

Daniel miró con curiosidad el espejo y se acercó.

–Sí, deseo recomendación –dijo.

Al instante, cinco imágenes suyas aparecieron ante él, cada una vestida con distintas prendas. Escogió la que constaba de pantalón, camiseta azul cian y chaqueta de lana negra, con cinturón también negro y zapatos del mismo color. Un chaquetón de cuero negro ponía la guinda al conjunto. Un segundo después, el vestidor hizo su trabajo y las prendas escogidas fueron apareciendo ante él. Cuando las tenía delante, se produjo una pequeña chispa y un segundo después estaba vestido de la cabeza a los pies. Solo el chaquetón quedó ante él y cuando se acercó a cogerlo se produjo otro chispazo que lo convirtió en un pequeño trozo de tela que voló hasta su mano. En el espejo apareció la siguiente frase:

*Que tenga un buen día. Recuerde guardar el chaquetón en su bolsillo y ponérselo si sale al exterior. Para hacerlo debe sacarlo y decir la palabra “amicio”. Si se lo quita, volverá a convertirse en un trozo de tela que podrá guardar nuevamente en su bolsillo.*

Daniel sonrió satisfecho y salió de sus dependencias hacia el despacho de Joseph. Esperaba que pudiera dedicarle algo más de tiempo esta vez y le explicara lo más básico del mundo en el que estaba sin atropellos. Bajó la escalera de piedra hasta el piso

inferior y pasó junto a una puerta abierta. Al asomarse vio a Joseph sentado tras una mesa de madera maciza.

– Mi señor –dijo el gigante invitándole a entrar con un ademán.

–Hola Joseph, ¿te importa que cierre la puerta? Tengo preguntas que hacerte.

– Claro, adelante –Daniel cerró tras él y se sentó en la silla que había junto a la mesa–. Puede preguntar lo que desee.

–Bien, lo primero, ¿cuándo volveremos a intercambiarnos? Gideon dijo algo de una coronación.

–La coronación tendrá lugar en dos meses pero creo que el señor Ashcroft querrá estar antes por aquí para recibir a sus invitados. Algunos de ellos son magos muy poderosos que se percatarían de que usted no es quien dice ser. Estos invitados pueden empezar a llegar una semana antes de la coronación con lo que el señor Ashcroft tiene algo más de mes y medio de descanso.

–Y, ¿qué se supone que debo hacer yo? ¿Debo quedarme encerrado en esta torre?

–Eso es lo que me gustaría a mí –dijo Joseph–, pero lamentablemente Lord Ashcroft dejó órdenes precisas al respecto. Puede pasear por el palacio libremente pero no debe hablar con nadie en la medida de lo posible; puede estar tranquilo al respecto ya que nadie se dirigirá a usted si usted no lo hace antes. Si necesita algo, como ya le he dicho hace un rato, pídamelo a mí.

–¿Podré salir del palacio? ¿A la ciudad?

–Sí. Acompañado por mí y una escolta. También podrá pasear por los jardines en solitario si lo desea.

–Mis sueños me han permitido asomarme a algunas de las maravillas de vuestro mundo pero me estoy dando cuenta de que en realidad voy a ver más bien poco –dijo Daniel.

–Desde luego, hay muchas cosas que no va a poder ver –respondió Joseph–. Las circunstancias actuales nos obligan a ser precavidos y anteponer su seguridad a cualquier otra cosa.

–¿Podré aprender algo de magia al menos? –Daniel miró con dureza al hombre que tenía delante. Joseph le mantuvo la mirada unos segundos y se acarició el mentón pensativo.

–Creo que algo se podría hacer. Déjeme pensar en ello y esta misma noche tendrá una respuesta. Ahora puede salir a los jardines si lo desea, y recuerde: usted es el jefe aquí; mantenga la cara bien alta y transmita seriedad y poder. Y trate de no meterse en líos.

Joseph hizo un ademán y la puerta se abrió. Daniel comprendió que la conversación había terminado.

Era mediodía. El sol brillaba y los pájaros jugaban en las copas de los árboles, trinando como locos mientras una ardilla se afanaba en recoger algunas bellotas desparramadas por el suelo. Daniel llevaba un rato observándola y le maravillaba su rapidez de movimientos así como la inteligencia de esos ojitos que de vez en cuando le miraban para asegurarse de que no se acercara demasiado. En un momento dado, escuchó gritos de alegría a lo lejos y caminó en su dirección. Comprobó que un grupo de personas entrenaban con sus arcos a unos cientos de metros y decidió ver como lo hacían. A medida que se iba acercando se percató de que se trataba de tres chicos y una chica que aparentaban más o menos su edad, y no solo usaban los arcos sino

que de vez en cuando, alguno de ellos cogía una flecha con la mano, apuntaba, y la flecha salía despedida a toda velocidad hacia la diana, con más acierto incluso que si usaban el arco. Cuando le vieron llegar, su alegría se convirtió en seriedad y las bromas en reverencias.

–Mi señor –dijo ella–, estábamos practicando un poco.

– Lo hacéis muy bien, por lo que veo –respondió Daniel–. Todos acertáis sin problemas en la parte central de las dianas.

–Todos menos yo, mi señor –dijo el que aparentaba ser más joven, de unos diez años–. Creo que me fallan un poco las fuerzas.

–Bueno, ya crecerás –dijo otro de los chicos mientras le revolvía el pelo–. Con su permiso, señor Ashcroft, quisiéramos seguir un poco más.

–Claro –dijo Daniel–, lo que queráis. Os miraré un rato si no os importa.

Los cuatro hicieron sus correspondientes reverencias y continuaron su entrenamiento, y durante varios minutos Daniel estuvo observando y maravillándose con la habilidad y la fuerza de aquellos cuatro niños. Pensó que le gustaría hacerse amigo de ellos pero sabía que eso era algo imposible. Unos minutos después se alejó con discreción para no molestarles y se dirigió de vuelta al palacio.

Uno de los chicos, que en ese momento no estaba disparando, se dio cuenta de que Daniel se marchaba y le hizo una seña con la mirada a otro de sus compañeros, el más mayor. Este se volvió y observó a Daniel unos segundos. Repentinamente, volvió el arco cargado en dirección a Daniel y apuntó directamente a su cabeza.